



EL SÁBADO

DE LOS

DUENDES!

—•••••—

DOS niños nacidos en domingo y los bastardos heredan el don especial, negado á los demas séres humanos, de mirar espíritus, de platicar con ellos, y si los favorece una oportunidad, aun llegan á tener íntimas relaciones. Esta es una verdad que experimentó la linda Matilde, hija única de un cantero, que hace cosa de cien años traía una vida doméstica demasiado tranquila, al pié de la pendiente de una montaña. Matilde nació (pudiendo haber sido en cualquier otro dia del año) en el Domingo de Pascua, que se dice ser dia muy afortunado para un mortal que, por otra parte, no ha sido abun-

EL SABADO DE LOS DUENDES 29

dantemente provisto de las bendiciones mundanas. Bajo este último respecto, Matilde no tenia motivo racional de queja, porque su padre ganaba penosamente, con el trabajo de sus manos, cuanto es menester para mantenerse frugalmente; y la madre conservaba en orden á la pequeña familia, de manera que todo se veia siempre limpio y aseado en el domicilio del cantero.

Todos los niños que nacen en domingo, son muy sábios, y si son mugeres, son siempre exquisitamente hermosas. Matilde fué de niña admirada de todos; y una ocasion llegó á tanto, que una señora de calidad, rica y hermosa, pero que parecia muy enfermiza, al atravesar la montaña en un elegante carruage, trató con ahinco de halagar á la pobre madre, para que se deshiciese de Matilde, mediante una suma considerable de oro. Cuando hubo salido de la infancia, y fué obligada á buscar destino, fuera de su casa, hubo gran barahunda. Todos estaban, como si fuese pasando por allí algun duende, cuando por la mañana temprano tomó Matilde su camino para la casa de un rico tejedor, siguiendo las orillas de una bulliciosa corriente. Los jóvenes saludaron á la bella, como no lo habian hecho con ninguna otra. Sin embargo, nadie osó hablarle con espresiones descompuestas, á lo cual por lo comun

son inclinados los jóvenes en todos tiempos. Matilde fué tratada por todos como una santa. Las jóvenes, aun de su misma edad, la estimaban altamente, y de ningun modo le envidiaban la admiracion general. Esto podia fundarse en la conducta misma de Matilde. Nadie habia mas pronta para obligar á hacer buenos servicios, y que se condujese con mayor dulzura. Ademas, tenia tal gracia en todo esto, y ojos tan candorosos, que cuando uno los miraba, parecia que veia brillar el mismo cielo. En suma, todo el que hablaba con Matilde, ó andaba algunos pasos con ella, era durante ese dia otro hombre, la criatura mas feliz; y todo cuanto emprendia prosperaba con él.

Habria sido ciertamente muy extraño, que semejante jóven careciese de pretendientes, ó no hubiese hallado temprano un corazon á quien simpatizar. Ahora, pues, ¡Dios sabe que no hubo esa escasez de amantes, aunque habia algunos de la clase mas original! Muchos sin buenas maneras, sin embargo de ser bien parecidos; otros ricos, pero sin corazon ó sin alma; y algunos prontos á reventar de rábia, solo porque alguno se tocase el sombrero por la hermosa Matilde. A ninguno de éstos dirigió siquiera una palabra la inocente niña; pues conocia bastante bien, que á matrimonios de esta especie solo les espera una escasa bendicion. Un jó-

ven habia únicamente, que pudiese decirle que le agradaba del todo, el cual ni era rico ni singularmente hermoso. Habia llegado á trabar relaciones con él en casa del tejedor, donde ámbos iban diariamente á trabajar. Alberto era industrioso, de buen proceder y hablaba con tanta sensibilidad y rectitud de corazon, que Matilde siempre lo escuchaba con agrado. Hablando con verdad, él no hacia mas que convertir en palabras sus sentimientos. Pasó muy poco tiempo ántes que ella se hubiese empeñado secretamente con Alberto, y todo hubiera caminado bien y felizmente entre ellos, con solo que ámbos amantes hubiesen poseido el dinero preciso, para proporcionarse de un golpe algunos objetos y establecer su casa. Pero eran pobres, tanto como los ratones de una iglesia; y por la misma razon, el padre de Matilde no se mostraba muy favorable al asunto amoroso convenido con su hija. Habria estado mas satisfecho, si la boba, como le llamaba, hubiera dado su mano á uno de los ricos pretendientes, que hubieran dado las orejas por agradarle. Sin embargo, ya que no habia remedio, el padre, como buen hombre, determinó no causar á su única hija molestia alguna, y dejar que las cosas fuesen andando del modo que pudieran. Solo en una condicion insistió, y fué, que Matilde en lo de adelante trabajase bajo el techo paterno;

permitiendo á Alberto que mientras, pudiese visitarla allí todas las tardes. Los dos amantes prestaron su aquiescencia gustosamente á este arreglo; pues como jóvenes, bien podian conceder una pequeña espera. Entretanto, sus conatos debian dirigirse por medio de un trabajo incesante, y una economía cuidadosa, á juntar cuanto necesitaban, para establecerse en su humilde habitacion. Así vivian de dia en dia en un pacífico contento; y de la misma manera, sin duda, hubieran pasado sin sentir, mas y mas dias, á no ser por una ocurrencia que vino á turbar esa tranquilidad profunda, la cual fué del tenor siguiente:

El cantero padre de Matilde, estando bastante agobiado por el trabajo, no podia andar ya al medio dia, el largo trecho que mediaba entre la cantera y su casa. Además, el polvo sutil de la piedra le habia producido una inflamacion de ojos, por cuyo motivo estaba obligado á evitar el reflejo del Sol: no era esto muy fácil, pues el camino para su casa pasaba por una verde colina elevada, en la que el Sol reflejaba con fuerza, por cuya razon las gentes le daban el nombre de colina del Sol. Era, por consiguiente, deber de Matilde, llevar todos los dias la sencilla comida de su padre hasta la cantera, cuyo viage, aunque penoso, de ninguna manera le era desagradable; tanto mas,

cuanto que Alberto frecuentemente encontraba pretextos para obtener permiso de ausentarse, y siempre la venia acompañando una parte del camino.

Nadie iba solo de buena voluntad á la colina del Sol, ya fuese de dia ó de noche, pues corria la voz de que á muchas personas habian acontecido cosas asombrosas. Se decia aun, que algunos habian sacado de allí enfermedades mortales. Lo cierto es, que no era fácil lograr una relacion mas esacta. Matilde solo habia oido con mucha frecuencia á su madre, que se decia, que el *Buen pueblo* (duendes) hacia muchísimo tiempo que habia desaparecido de la colina verde, precisamente cuando por todo el rededor se habian edificado muchas iglesias, y el ruido de las campanas resonaba en la montaña y el bosque. Sin embargo de estos rumores, la inocente Matilde hacia diariamente su paseo á la colina del Sol, donde nadie jamas la encontraba; de suerte, que el espléndido paisaje se le presentaba ordinariamente desolado y tremendo en el calor ardiente del medio dia. Por esta razon, disfrutaba siempre de gran contento, cuando desde la cumbre de la escarpada montaña, veia á Alberto subir hácia ella. Entonces se juzgaba mas segura, é iba adelante con mejor ánimo. Cerca de la Pascua de Espiritu Santo, estando enfermo el padre, se hizo

mas impertinente que nunca, no socorriéndolo en nada su trabajo, pues las provisiones habian subido espantosamente de precio, en consecuencia del invierno anterior, que habia sido mas duro de lo regular. Así es que, siempre que Matilde le llevaba la comida á su padre, se lamentaba éste amargamente, y le reprochaba con aspereza su necesidad; de suerte, que la pobre niña estaba acongojada y lánguida, llevando una vida melancólica.

Sentia mas profundamente su turbacion, cuando al medio dia emprendia su viage acostumbrado por toda la vereda desolada que conducia á la cantera. Entónces vertia con frecuencia las mas amargas lágrimas, y rogaba á Dios para que le indicase algun remedio y se compadeciese de su pobreza.

Un dia, precisamente una semana ántes de la fiesta de Espíritu Santo, sucedió, que viniendo por el camino, triste y silenciosamente, buscando en vano la amada figura de Alberto, oyó de repente un sonido de campana, tan claro, que se quedó en pié, con el fin de oír. Era en la cumbre de la colina; el aire estaba perfectamente tranquilo, y en todo el rededor, léjos y cerca, no se veia criatura alguna. Solamente resonaban desde un pueblecillo distante del valle, los penetrantes tonos de la aguzada guadaña. Matilde

creyó que solo habia tenido un zumbido en los oídos, y siguió adelante. El sonido singular se repitió, asemejándose esactamente al tono de una campanita de plata.

—¡Qué cosa tan estraña! se dijo la doncella á sí misma, llevando la vista al suelo, donde percibió, en el blando musgo, junto á sus piés, una cosa que relucia como fragmento de vidrio azul. Se inclinó y lo recogió, pareciendo en su color y forma una campánula azul, ó como dicen, *sombrero de Duende*; pero en lugar del tallo, habia una campanita de plata, tan elegantemente trabajada, que Matilde no pudo dejar de reír á carcajadas.

—¡Bendito sea Dios! exclamó: ¿quién habrá hecho una cosa tan mona? y en seguida sacudió la flor, comenzando á sonar la campanilla, tan prodigiosamente, que la pobre jóven la dejó caer de asustada.

—¡Qué órdenes tienes que dar? preguntó inmediatamente una aguda voz. Delante de ella estaba parada una criatura delicada, del alto de su mano; pero con una simetría tan perfecta en todas sus dimensiones, que era en realidad sorprendente. Su espresiva cabecita, á cuyo rededor flotaba una porcion de rizos como rayos encrespados del Sol, era esactamente de un tamaño, que la flor con la maravillosa campana servia para cubrirla. Luego vió Matilde con

cuánta gravedad se puso el reluciente sombrero, dándose al mismo tiempo con gracia, una apariencia muy intrépida y de gravedad.

—¿Qué eres, pues? preguntó Matilde temblando.

El pequeño camarada hizo una elegante reverencia.—Con tu permiso, servidor tuyo, replicó el ente extraño. Yo y mi pueblo te conocemos hace mucho tiempo. Hemos oído tus quejas; y como tienes un corazón benigno, amas las flores y no las has despedazado por ociosidad, estoy encargado de darte gusto, con tal que quieras hacer lo mismo conmigo y mis gentes.

—¡Verdaderamente! ¡linda figurilla! respondió Matilde, ¿quiénes son tus gentes? Yo....

—¡Chiton! interrumpió el pequeño con una señal repulsiva de la mano, y una contracción de cejas muy marcada. Son preguntas á que no puedo responder, y lo que es más, ni sufrir. No es cortes hacer preguntas sobre *nuestro origen y lo que somos*. Si quieres hacer confianza de mí, supuesto que creo tengo aire de un verdadero caballero, resuelve entónces sin dilación, si quieres darme gusto por una compensación racional.

—¡Querido señorito! replicó vencida Matilde. No soy desconfiada; pero estoy

tan abatida y afligida, que realmente no sé cómo entender este extraño negocio. No hagas burla de mí, buen niño, ó si eres espíritu, te ruego tengas compasión de mí y me dejes seguir en paz mi camino. Mi padre me espera: su bocadito se está abrasando con el calor del Sol.

—¡Necia charla! interrumpió el chiquillo. Tu anciano padre está acostado á un lado de la peña, y ronca hasta hacer mover las hojas del helecho que está junto á él. La comida del buen hombre, no recibirá mucho daño. Sin embargo de que puedes ver cuán buenas y honrosas son mis intenciones, toma mi gorrito. Sea la prenda que rescatare con una compensación. Solamente resuélveme pronto si quieres fiarte de mí. El tiempo es corto.

Matilde titubeó todavía. Tomó en la mano el gorro milagroso con su campana de plata. El deseo de libertarse de la imprudente criatura lo más pronto posible, y también quizá, una partícula de curiosidad femenil, arrancó su consentimiento.

—Bien, dijo el pequeño con gran júbilo. Ahora, óyeme. De aquí á una semana, en la víspera de Pentecostes, como la llamamos, vendrás aquí en la tarde, cuando la luna haya subido á esta colina verde. No te amedrentes, pues solo hallarás buena ventura. Luego que hubieres llegado á este parage,